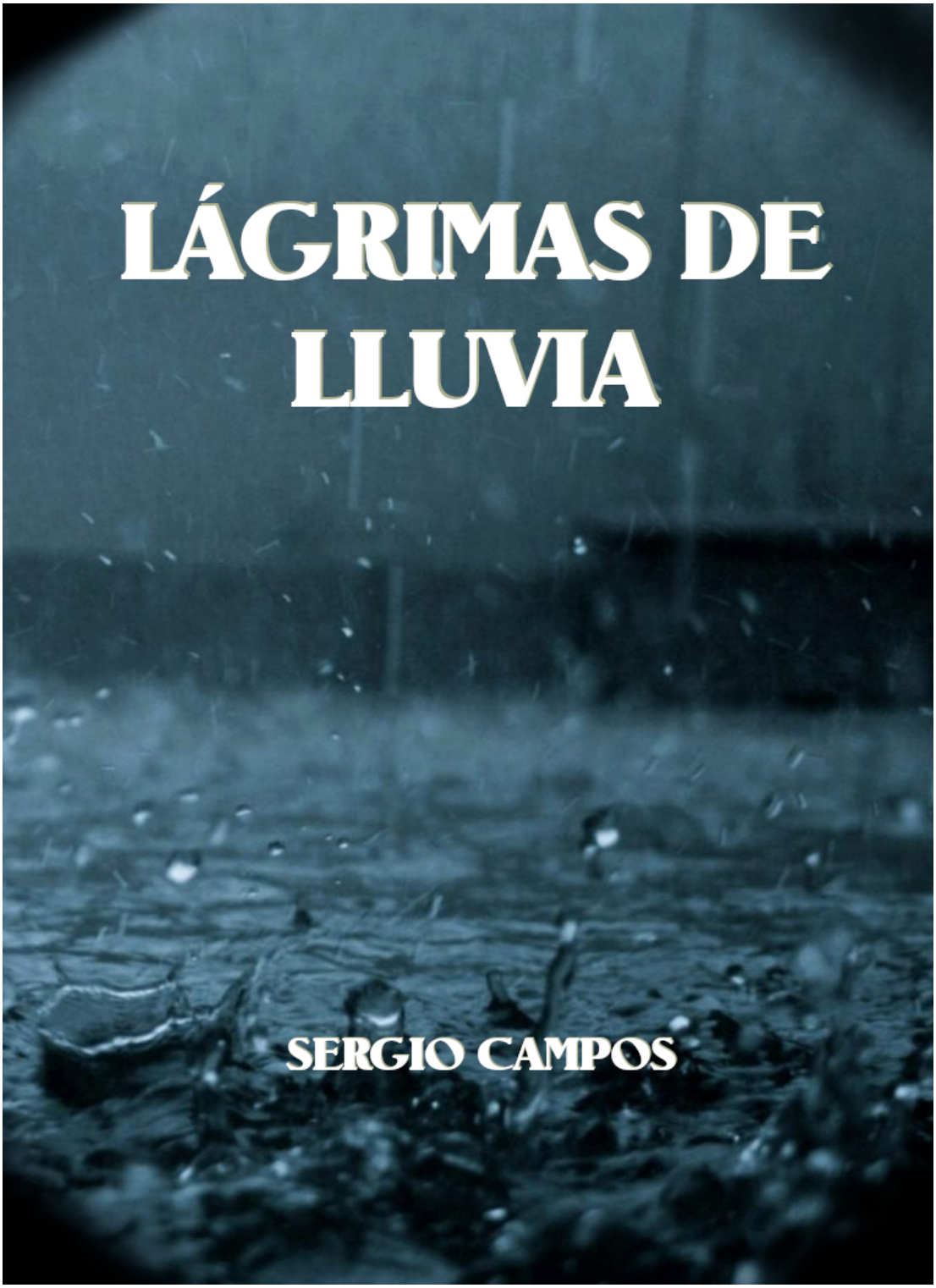
Lágrimas de lluvia

Sergio Campos Martínez



Capítulo 1

Mi madre era una persona muy inteligente, aunque no pensaba, tenía una maravillosa voz, aunque no hablaba, sus ojos azules eran preciosos, cualquiera se enamoraría de esos ojos, pero no salía de casa, es más, no se movía del sofá, no podía. Mi madre tuvo un accidente que no le dejaba ni andar, ni hablar, simplemente, muy dignamente, estaba sentada en su sofá; callada, tranquila e inmóvil.

Le divertía mirar el fuego, yo le encendía la chimenea solo para ver una pequeña sonrisa en su cara, era preciosa su sonrisa, nada podía igualarse a su rostro sonriendo, la sonrisa de Irene; se llamaba Irene, un nombre precioso para un rostro precioso. También le gustaba mirar la nieve, le divertía ver esas diosas blancas, esas diminutas diosas blancas caer del cielo, sin embargo, no le gustaba la lluvia y cuando llovía se ponía triste; al principio creí que era porque cuando tuvo el accidente estaba lloviendo, aunque más tarde descubrí que no fue por eso. Yo andaba atento y cada vez que iba a llover le cerraba las ventanas y las cortinas para que no viese la lluvia, pero ella sabía que estaba lloviendo, y una lágrima caía por su dulce y delicada mejilla. Cuando salía el sol se secaba la lágrima con un pequeño pañuelo blanco que guardaba en un pequeño bolsillo de la bata que llevaba puesta. Por eso en invierno le encendía la chimenea, para ella, para que no se constipara, pero sobre todo para que sonriese durante el mayor tiempo posible.

Yo solía pasar la mayor parte del día encerrado en la última habitación del pasillo, trabajando. Yo era médico, si se puede llamar así, e intentaba fabricar una medicina que curase la enfermedad de mi madre. Nunca di con la solución, aunque cada día que pasaba me acercaba más y más a la conclusión final de mi gran proyecto. Ojalá lo hubiese conseguido. Hubiera sido perfecto que mi madre volviese a andar y poder ver su elegante movimiento, a hablar, y poder escuchar su tierna voz de nuevo, habría sido precioso verla disfrutar de su vida.

Pero una desgraciadísima mañana de diciembre, ocurrió el horror de los horrores, el frio volvió y encendí la chimenea. Ojalá nunca la hubiese encendido, o después de haberlo hecho yo hubiese muerto. Aquella mañana, después de encender el fuego salí a la calle a buscar unas medicinas para mi madre, cuando me di cuenta que algo había en mi bolsillo, su pañuelo. Me quedé paralizado, pensando, y después de contemplarlo durante unos segundos tuve un mal presentimiento, miré en dirección a mi casa y por encima de los tejados podía apreciarse una torre de humo negro. Volví corriendo, pero cuando llegué la casa estaba envuelta en llamas, ya no se podía hacer nada, yo no podía hacer nada, todo estaba carbonizado, los peores horrores de la humanidad no eran comparables a mi dolor, y mi vida y todo lo que amaba de ella se quemó,

todo ardió, todo.

Ahora vivo solo en una pequeña casa en las montañas, soy filósofo, si se puede llamar así, y como filósofo que soy pienso y razono, intento buscar solución a toda pregunta, pero para lo que no quiero encontrar respuesta después de todos estos años es cómo murió mi madre. Quiero creer que murió tranquila y feliz contemplando el fuego, supongo que por eso sonreía cada vez que encendía la chimenea, porque conocía su futuro, por eso lloraba cada vez que llovía, porque aunque no pensara, sabía que la casa no podría arder, creo que prefería la muerte antes que ver pasar su vida y la mía, creo que lo hizo por mí.

Mi madre desapareció hace ya muchos años, pero aún siento que está aquí sentada a mi lado, porque cada vez que llueve, una lágrima cae por su blanco y delicado pañuelo, por el pañuelo de Irene, el pañuelo de mamá.